LA BÚSQUEDA DE FUNDAMENTOS EPISTEMOLÓGICOS PARA UN DIÁLOGO ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN[1]

Sergio García Magariño[2]

Fecha de publicación: 01/04/2018

Sumario: 1. La realidad. **2.** Tipos de relaciones entre la ciencia y la religión. **3.** La naturaleza de la ciencia y de la religión. - Conclusión. - Bibliografía.

Resumen: En este artículo se pretende hacer un análisis de la relación entre la ciencia y la religión partiendo de la premisa de que, para encontrar modelos alternativos de organización política, económica y social, que respondan a los desafíos globales no resueltos del siglo XXI, se requiere aprovechar el potencial constructivo tanto de la ciencia como de la religión. Para ello, primero se reflexionará sobre algunos elementos ontológicos relativos a la naturaleza de la realidad misma y de la capacidad humana para captar defectuosa pero progresivamente dicha realidad; después se estudiarán diversas concepciones acerca de la relación entre la ciencia y la religión en búsqueda de alguna que abra espacio para el diálogo; y, por último, con base en la filosofía de la ciencia y en la filosofía de la religión, se explorarán

[1] Publicado en Revista encuentros multidisciplinares, Universidad Autónoma de Madrid, ab 2016.

[2] Licenciado en Ciencias de la Actividad Física y el Deporte por el IVEF de Vitoria (2001). Realizó un posgrado en Educación y Desarrollo social (Centro Universitario de Bienestar Rural, Colombia) y cursó el doctorado en el Departamento de Sociología de la UPNA. Entre 2001 y 2007 vivió en varios países latinoamericanos, principalmente en Colombia y Honduras, donde colaboró con distintas organizaciones en proyectos de educación y desarrollo. De regreso a España, realizó el doctorado y ha trabajado intercalando su faceta de preparador físico con la de investigador.
tresycinco@gmail.com

algunas de las características más sobresalientes de la ciencia y de la religión y se avanzará hacia una noción de ciencia y una noción de religión que faciliten la compatibilidad entre ambas.

1. LA REALIDAD

En toda revisión seria de la naturaleza de la ciencia y de la religión, es menester clarificar qué concepción se tiene de la realidad misma, así como de la actitud que se ha de mantener hacia ella. Hacer esto explícito facilita la comprensión posterior de dos sistemas de conocimiento y práctica –la ciencia y la religión– que, como se verá más adelante, aspiran a describir y transformar dicha realidad.

El debate acerca de la naturaleza de la realidad y de la correcta actitud hacia ella en aras de su comprensión oscila entre dos extremos, que Richard Bernstein denomina *objetivismo y relativismo* (Bernstein, 2011, p. 8). En el extremo objetivista tendríamos a todos aquellos que, ya sea desde posiciones científicas o religiosas, plantean que existe una realidad objetiva más allá de las mentes individuales y que esta realidad, a través de métodos rigurosos o inspiración, puede captarse tal cual es, por la mente humana. Esta realidad no tiene por qué ser material, como se ha señalado, por lo que posicionamientos religiosos también podrían caer en esta categoría, como cuando se aspira a ser poseedor de toda la verdad religiosa o se afirma que se ha comprendido a Dios. En el otro extremo tendríamos a quienes niegan la existencia de toda realidad objetiva, por lo que no haría falta explorar la forma más efectiva de aprehender dicha realidad ya que no existe más allá de las mentes individuales. Incluso, afirmarían que no hay forma de demostrar que existan siquiera mentes individuales. De nuevo, los planteamientos relativistas pueden partir de visiones materialistas o espiritualistas, ya que las posturas religiosas que sitúan al hecho religioso en el ámbito de la subjetividad o que rechazan todo tipo de organización y objetivización de este hecho religioso caerían en la misma categoría.

Sin embargo, entre esos dos extremos yacen múltiples planteamientos que se acercan a uno u otro extremo. Por ejemplo, cerca del objetivismo puro estaría el positivismo científico que busca la metodología para captar la realidad sin posibilidad de errar. Descartes con su búsqueda de un fundamento sólido, inamovible e irrefutable sobre el que erigir la estructura del conocimiento (Toulmin, 1992, p. 42), también se acerca al extremo obejtivista. Los planteamientos relacionados con el constructivismo social, con los análisis

culturales posmodernos o con el énfasis en la experiencia interior y subjetiva, se acercan al extremo relativista.

Lo que se propone en este artículo es que la posición intelectual con mayor validez para poder explorar la realidad mediante un diálogo entre la ciencia y la religión es la que asevera que existe una realidad objetiva más allá de las concepciones que se tienen sobre ella, una realidad extremadamente compleja que los seres humanos pueden captar pero que nunca podrán alcanzar a comprender totalmente. Las aproximaciones a esta realidad nunca se corresponderán absolutamente con ella, pero aspirarán a ser cada vez más completas y precisas. Sin embargo, todavía no se ha respondido la pregunta de ¿qué es la realidad? A continuación, se ofrecerá una respuesta provisional para sentar las bases de la conversación posterior.

Físicos, filósofos, científicos sociales y teólogos han tratado de dar respuestas satisfactorias a esta pregunta desde diferentes ángulos. En este artículo se comparten algunas de las perspectivas sobre la realidad desarrolladas por el físico teórico David Bohm en su obra clásica *La totalidad y el orden implicado* (Bohm, 2008), por el Dalai Lama (Lama, 2006) y por los escritos bahá'ís (Lample, 2014, 229-269). Sus características más sobresalientes serían las siguientes.

La realidad vendría a ser un todo interconectado, una entidad dinámica extremadamente amplia y compleja, en movimiento constante y en evolución, en proceso de reconstitución permanente. Los seres humanos, al referirse a esta entidad todo abarcadora la dividen en parcelas y le atribuyen nombres a cada una de ellas. Por ello se hablaría de una realidad física, una realidad espiritual, una realidad social e incluso una realidad sociológica. Todas estas capas de realidad son una sola y los límites y circunscripciones que delimitan las categorías mediante las cuales se intenta describir no existirían, sino que responden a las características del lenguaje. La realidad espiritual podría considerarse la faceta más estable y profunda de esta realidad, aunque no la más fácilmente perceptible. Seguidamente, la realidad física sería la dimensión más fácilmente observable y dotada también de gran estabilidad, ya que los cambios en ella, ya sea por intervención humana o por su propia lógica ecológica, son raros y lentos. Además, esta dimensión física es la más sencilla de aprehender mediante los sentidos, por lo que hay un gran consenso alrededor de la misma. La realidad social es más compleja, ya que cambia con la acción humana y puede ser transformada. Además, las concepciones que se tienen sobre ella la modifican. Por otro lado, la realidad social puede considerarse que tiene vida propia, ya que las inercias y patrones que generan las instituciones, sistemas y relaciones sociales

trascienden en muchos momentos las acciones de los individuos. Los individuos y sus mentes también forman parte de la realidad social, estableciéndose un círculo de influencias recíproco entre la sociedad y los individuos que la conforman. Como se puede observar, la relación entre todas estas capas de realidad es muy sofisticada y las diferentes capas se solapan. Por ejemplo, las teorías y conceptos que se tienen sobre la realidad social la pueden alterar y forman parte de ella, como se observa en el tipo de gobierno que tienen diferentes grupos humanos en función de sus ideologías y sistemas de creencias. Los individuos y las sociedades también tienen concepciones y elaboran teorías distintas sobre la realidad física que la alteran en función de esas ideas. Así, una sociedad que concibe al medio ambiente como algo sagrado y otra que lo considera un bien a explotar al servicio del hombre ejercen una influencia muy distinta en el entorno físico y biológico.

Estas ideas preliminares acerca de la realidad son suficientes para proseguir con los dos siguientes puntos. Aunque breve, esta concepción de la realidad facilitará el subsiguiente análisis acerca de la naturaleza de la relación entre la ciencia y la religión, por un lado, y sobre los rasgos más destacados de ambos sistemas de conocimiento y práctica.

2. TIPOS DE RELACIONES ENTRE LA CIENCIA Y LA RELIGIÓN

Los enfoques acerca del diálogo entre la ciencia y la religión pueden adoptar diferentes posturas, con distintos niveles de cercanía. En este artículo buscamos una concepción de la relación que posibilite el diálogo entre ambas puesto que, como se explicó en la introducción, el siglo XXI ha colocado a la humanidad en una tesitura única. Existen los medios, por primera vez en la historia, tanto para avanzar hacia un orden global, respetuoso, pacífico, justo y sostenible que beneficie a la mayoría, como para, por el contrario, destruir a la especie humana. Los modelos actuales de organización política, económica y social parecen haber agotado su capacidad de respuesta ante los desafíos globales. Por ello y debido a la importancia histórica que ambas han tenido, sería de esperar que la ciencia y la religión jugaran un papel destacado en la resolución de esta encrucijada. Comprender la realidad descrita anteriormente con el fin de transformarla y de encontrar los mejores enfoques, métodos e instrumentos para el progreso y la felicidad humana es una tarea harto compleja.

Un tipo de relación que bloquea el diálogo es la de rechazo mutuo. Tendríamos las concepciones dogmáticas, ya sean teológicas o materialistas,

que niegan la capacidad de uno u otro sistema para explorar la realidad. La religión y la ciencia serían dos opuestos irreconciliables. Otro enfoque, generalizado hoy día en Occidente, es que la ciencia se ocupa de los aspectos materiales, sociales y políticos, y la religión de los asuntos de la conciencia. Esta postura se ilustra bien en la separación entre Iglesia y Estado, en la dicotomía entre mente y corazón, y en las teorías de la religión individualizada, donde se afirma que la religión es un asunto privado y subjetivo.

Otro planteamiento algo más unificador es el que argumenta que la ciencia y la religión se ocupan de una misma realidad, pero que sólo son necesarias temporalmente. Esta concepción puede adoptar dos variantes. Por un lado, estarían los que consideran que la ciencia va descubriendo cosas que la religión ya había dicho desde hacía mucho tiempo. Entienden, pues, que la ciencia va a ir certificando lo que la religión ya sabría. La segunda variante sería aquélla que dice que la religión es útil para las culturas no muy científicas, pero que, a medida que la ciencia se vaya desarrollando, la religión ya no tendría nada que decir. Este tipo de relación se acerca a la idea de que la religión podría considerarse un subsistema de la ciencia o viceversa (García, 2013, p. 289).

Otra concepción acerca de la relación entre la ciencia y la religión, que es algo más conciliadora, considera que la ciencia y la religión son dos sistemas de conocimiento que exploran diferentes facetas de la realidad señalada antes, cada una de ellas moviéndose en su propia esfera y respetando la esfera de la otra. Así, la ciencia se ocuparía de los aspectos materiales, sociales y psíquicos de la realidad, y la religión acerca de sus aspectos espirituales, de los valores y los principios. Esta noción podría ser válida en cierto modo, pero tampoco favorece un verdadero diálogo para buscar formas de organización social alternativas. La realidad social, además, es un área de solapamiento puesto que tanto la ciencia como la religión ofrecen enunciados sobre la misma. Por ello, terminaremos esta sección abundando en el tipo de relación que se considera más oportuna para un diálogo serio y fructífero entre la ciencia y la religión.

La ciencia y la religión podrían verse como dos sistemas de conocimiento y práctica, cada uno con sus propios criterios de justificación, incluso con áreas de indagación diferenciadas, pero que se solapan en algunos puntos, especialmente en el ámbito social y psicológico, que aspiran a comprender la realidad. Es cierto que la ciencia explora principalmente la realidad física y la religión la realidad espiritual. Sin embargo, tal como se ha mostrado anteriormente, la realidad es una, y el objeto de investigación de la ciencia y

de la religión a menudo es el mismo. Así ocurre en lo referente a la realidad social y psicológica. Tanto la ciencia como la religión estudian la naturaleza humana, la sociedad, la pobreza, la justicia, el potencial de la persona, los métodos de educación, los sistemas de gobierno, y un sinnúmero de cuestiones que pueden caber dentro de lo que denominamos "realidad social". Por tanto, ambos sistemas ofrecen perspectivas valiosas acerca de la sociedad, de su funcionamiento, de las leyes que han de regularla, de los principios y valores que la sostienen, de los procesos necesarios para generar cohesión social y de los mecanismos más apropiados para el avance de la civilización. Desde este prisma, la relación entre la ciencia y la religión pone en evidencia una trama de realidades, de prácticas y discursos en compleja interacción.

Con este enfoque, la religión y la ciencia no son sólo complementarias y sinérgicas, sino que se necesitan mutuamente, tanto para explorar con mayor precisión y atino la realidad social, buscando su transformación, como para no caer en dogmatismos. La religión que no está en armonía con la ciencia deviene en superstición y fanatismo. No todo, entonces, valdría en nombre de la religión. Es preciso que ésta pueda ser sostenida por la razón. Del mismo modo, la ciencia sin religión degeneraría en materialismo o, al menos, cercenaría parte de las dimensiones espirituales de la experiencia humana, pudiéndose producir la paradoja, como demuestra abundantemente la experiencia, de que la ciencia y la tecnología propicien la destrucción del hombre y generen sufrimiento. En ambos casos, cuando la ciencia y la religión no van de la mano, surgen fundamentalismos, ya sean de origen religioso o fruto de otros reduccionismos, más o menos materialistas.

La afirmación anterior puede ser problemática, ya que tiene varias implicaciones. Para comenzar, como se decía, en materia de religión no vale todo. Pero tampoco cabe todo en nombre de la ciencia. Es muy posible, incluso probable, descubrir que en realidad existe armonía entre los hechos científicos verdaderamente contrastados y el núcleo esencial del texto sagrado de la religión. Las conclusiones y teorías científicas podrían estar en desacuerdo con las interpretaciones e incluso con la teología religiosa. Los hechos científicos, fruto de la investigación, han de ser interpretados, utilizados para formar teorías, y se les intenta dar sentido. Este proceso es constructivo, y afirmaciones que hoy se pueden hacer acerca de un tema en unos años pueden cambiar y quedar obsoletas. Incluso la expectativa de que eso ocurra forma parte esencial del credo y del ethos de la propia ciencia. Ésta, por tanto, se construye.

Los escritos sagrados de las grandes religiones experimentan un proceso similar en el empeño por hacerlos inteligibles. Los individuos leen esos escritos, los interpretan, crean filosofías, etc. El entendimiento, pues, de los escritos sagrados de dichas religiones evoluciona a través del estudio y la práctica. También se construye. Es ésta la razón por la que en un momento histórico particular algunas afirmaciones científicas podrían estar en desacuerdo temporal con la interpretación religiosa predominante, ya sea por falta de rigor científico, con carencias en el plano de la experimentación o teorización, o por una interpretación defectuosa de los textos sagrados. El nivel de diálogo requerido es, entonces, necesariamente exigente, como es de esperar en todos los enclaves de gran calado, donde cualquier incremento de luz resulta siempre necesario.

Otro problema que puede llevar a pensar que la ciencia y la religión son contradictorias es que se esté dando un entendimiento reduccionista de estos sistemas complejos de conocimiento. La ciencia no sólo divide la realidad en porciones más pequeñas y analiza sus partes y sus interacciones, ni es sólo un conjunto de métodos o técnicas que se aplican indiscriminada e infaliblemente para analizar la realidad, como bien mostró Kuhn (Kuhn, 2011) y se expondrá en el siguiente capítulo. La religión, por su lado, tampoco es un conjunto de dogmas irracionales dentro de los cuales se intenta encajar forzosamente a una realidad que los trasciende. En el siguiente apartado se reflexionará sobre la naturaleza de la ciencia y de la religión, ya que, como se puede intuir hasta ahora, no todas las concepciones de la ciencia y de la religión son compatibles para que exista armonía entre ambas.

3. LA NATURALEZA DE LA CIENCIA Y DE LA RELIGIÓN

La ciencia y la religión no tienen la misma estima en la sociedad moderna. La ciencia, principalmente por los logros de las ciencias naturales y por el desarrollo tecnológico que ha posibilitado el conocimiento acumulado en ellas, ha alcanzado un estatus muy elevado. Han surgido corrientes posmodernas y relativistas que han intentado socavar su credibilidad, pero sigue gozando de gran prestigio. La religión ha sufrido un proceso diferente (Sánchez-Bayón, 2015). Desde el siglo XVIII hasta finales del siglo XX, se puede decir que en los países occidentales la credibilidad de la religión institucionalizada se ha ido reduciendo de forma exponencial[3]. A pesar de

[3] Muchos sociólogos de la religión –tales como el profesor Casanova o Joan Estruch–consideran que la teoría de la secularización, que explica uno de los procesos sociales relacionados con el paso de las sociedades tradicionales a las sociedades modernas, se ha malinterpretado

que cada vez es más amplia la decepción con las promesas de felicidad de la sociedad del consumo y de que el interés por la religión –especialmente en sus formas no institucionalizadas– y por las corrientes espirituales está creciendo significativamente (Habermas, 2008), la religión sigue siendo poco valorada en Occidente.

A pesar de que la ciencia goza de gran prestigio, el entendimiento de la naturaleza de la ciencia es muy pobre. A lo sumo, a través de la cultura popular se extiende una noción de la ciencia que se corresponde con las visiones del siglo XVII y XVIII y que hace muchos años que han sido superadas por la filosofía, la sociología y la historia de la ciencia (Arbab, 1991). Asimismo, la cultura religiosa ha decrecido considerablemente en los últimos años, por lo que muchas de las críticas que se hacen reflejan una confusión profunda sobre su verdadera naturaleza y función social. En lo que queda del artículo, se intentarán, por un lado, enunciar algunos de los rasgos más sobresalientes que comparten las últimas investigaciones sobre la forma en que funciona la ciencia y, por el otro, se pondrán de relieve las características que ha de cumplir todo sistema de creencias que aspire a llamarse religión. Como se podrá observar al concluir, este entendimiento algo más refinado de ambos sistemas muestra que hay amplio espacio para el diálogo y la compatibilidad.

En contra de las nociones cartesianas de que la ciencia es simplemente un método, un procedimiento riguroso, una serie de pasos que aseguran que se genere conocimiento verdadero, parece que ésta es mucho más dinámica, compleja, rica y humana de lo que se pensaba. Algunos de los componentes y características esenciales de la ciencia que se describirán a continuación vendrían a ser los artículos de fe, la necesidad de cualidades morales para practicarla, la observación y la búsqueda de objetividad, la inducción cauta, la experimentación, el desarrollo de modelos y teorías, la verificación siempre incompleta, la falsación, la existencia de paradigmas, el avance no lineal y en ocasiones revolucionario, la práctica en forma de comunidades humanas sometidas a las mismas fuerzas que otras organizaciones, la pluralidad de metodologías en función del objeto a estudiar o la convivencia de programas de investigación diferenciados dentro de las distintas disciplinas. Las ciencias sociales, que también las consideramos dentro de la

conduciendo a la conclusión equivocada de que la religión iba a desaparecer de la vida social a medida que esta se modernizara. Esto ha impedido que durante décadas se pudieran comprender las transformaciones que tanto la religión como la religiosidad de las personas estaban experimentando. Para un análisis de este tema conectado con el ámbito del desarrollo social y económico ver: DENEULIN. S., & RAKODI. C (2011), "Revisiting religion: Development studies thirty years on" en *World Development*, *39*(1), pp. 45-54.

misma categoría *ciencia,* todavía son más complejas, pero no es éste el espacio para abundar en sus particularidades (García, 2016, pp. 36-48). Todo esto va mucho más allá de los manuales sobre el supuesto método científico y del error de equiparar la ciencia con la aplicación de su conocimiento en forma de tecnología.

Los artículos de fe con los que comienza la ciencia y sin los cuales no se hubiera desarrollado son: la fe en que el universo tiene un orden y la fe en que la mente humana puede aprehender dicho orden. Estas dos premisas no se pueden demostrar y, aunque hoy son obvias debido al éxito que ha tenido la ciencia, para las primeras sociedades humanas de hace cien mil años eran *contraintuitivas*. Esos primeros homo sapiens sólo veían caos. Las cualidades morales o espirituales que se requieren del científico son igualmente importantes para el desarrollo de la ciencia, ya que sin rigor, honestidad, veracidad, meticulosidad, intuición, esperanza, imaginación, creatividad o valentía, difícilmente se puede descubrir nada.

La observación también es un elemento fundamental. No obstante, esta observación no se da en un vacío, sino que es precedida por la teoría, por el lenguaje y por las categorías conceptuales (Chalmers, 1998, p. 24). Además, las observaciones se agrupan en enunciados observacionales que poco a poco se van haciendo más complejos hasta generar modelos y teorías. No obstante, no existe un método irrefutable para dar el salto inductivo, tras muchas observaciones, y establecer dichos modelos y teorías. Esto no significa que no haya ningún rigor al hacerlo, sino que implica un reconocimiento de que la inducción, a pesar de ser un procedimiento mental importantísimo para la ciencia, no sigue las reglas de la lógica formal de manera incuestionable. Además, las teorías –que aquí se contemplan como mapas de la realidad que aspiran a acercarse a ella progresivamente– tienen un rango de validez que se debe respetar. Una teoría, por muy buena que sea –como la de la evolución–, no puede utilizarse para intentar explicar todo tipo de fenómenos. Sus enunciados sólo pueden aspirar a describir con rigor un número limitado de conjuntos observacionales. Las teorías, además, aunque son resistentes, suelen ser reemplazadas por otras más completas con el tiempo.

La verificación de hechos observacionales y de teorías también es un componente esencial de la ciencia, aunque defectuoso, tal como demostró Popper, quien finalmente dio origen a la corriente positivista *falsacionista* que pretendía superar los problemas antes descritos (Popper, 2005). Sus planteamientos abogan por buscar un solo hecho que contradiga las teorías, en lugar de intentar verificar infinitamente los mismos. Un solo hecho que

refute una teoría, valdría para desmontarla lógicamente. No obstante, el *falsacionismo* también tiene sus dificultades, ya que el hecho utilizado para *falsar* la teoría, debería haber seguido un método irrefutable, por lo que a su vez debería ser objeto de *falsación*, generándose así una espiral infinita.

Si a lo señalado anteriormente sobre la ciencia, que ya muestra su belleza, riqueza y complejidad, le sumáramos sólo uno más de los muchos elementos constitutivos identificados al principio de esta sección –el de que se desarrolla dentro de comunidades científicas expuestas a las mismas fuerzas humanas que otras organizaciones sociales, tales como intereses o luchas de poder–, se llegaría a la conclusión de que hay que ser cautos al escuchar aseveraciones tales como "la ciencia dice o la ciencia ha demostrado". La ciencia es el sistema de conocimiento y práctica más potente y riguroso que tienen los seres humanos para entender la realidad física y social, pero no un oráculo secularizado que mágicamente ofrece un conocimiento de la realidad tal cual es. Existe espacio, por tanto, para un diálogo con la religión, especialmente cuando se trata de transformar la sociedad en pos del bien común.

En cuanto a la religión, se podría decir que también tiene que reunir ciertos criterios de legitimación para estar en armonía con la ciencia. El primero es que promueva la investigación de la realidad ('Abdu'l-Bahá, 1994, p. 170), que rechace la imitación ciega de tradiciones y que incite a comprometerse con las conclusiones a las que se lleguen. Esta libertad de conciencia y estímulo de búsqueda aparece implícito en las grandes tradiciones religiosas y se manifiesta en conceptos tales como la salvación, el renacimiento, la iluminación o la superación del ciclo kármico, acontecimientos extraordinarios que sólo ocurrirían como resultado de la búsqueda y el esfuerzo individuales. A su vez, un corolario de lo anterior es que la religión debería buscar erradicar la superstición y someterse al filtro de la razón; que no es lo mismo que a un cientifismo reduccionista ni a un racionalismo materialista limitado a los fines instrumentales. La religión, además, debería promover la unidad, la eliminación de los prejuicios y contribuir al reconocimiento de una identidad humana universal que trasciende las identidades secundarias, tales como el género, la religión, la nacionalidad o la clase social ('Abdu'l-Bahá, 2009, p. 44). Un último criterio importante que determina la posibilidad de que la religión esté en armonía con la ciencia es que aquella no se circunscriba al ámbito privado, sino que sea una fuente de bien social. La religión, para ser religión, ha de contribuir al progreso de la civilización y a solucionar los problemas sociales contemporáneos.

La mayoría de estudiosos de la religión, cuando intentan describirla, no lo hacen ontológicamente sino funcionalmente. En esas descripciones funcionales se equipara la religión con todo aquello que genera trascendencia (Estruch, 2015, p. 19), por lo que mucho de lo que se considera religión no reuniría los criterios descritos ni podría dialogar con la ciencia. Sin embargo, ¿existen bases ontológicas para determinar la naturaleza de la religión? En este artículo se parte de la premisa de que sí. Tomando como muestra los grandes sistemas religiosos que ha producido la humanidad, tales como el hinduismo, el budismo, el judaísmo, el zoroastrianismo, el cristianismo, el islam o más recientemente la Fe bahá'í, se podrían alcanzar ciertas percepciones preliminares fundamentales para entablar un diálogo con la ciencia. Primeramente, la religión parece ser un sistema de conocimiento y práctica, con una unidad subyacente, que podría considerarse el registro de la experiencia de la humanidad en su relación con Dios. Esta experiencia, debido a la riqueza de culturas y territorios, es amplísima, por lo que una diversidad de formas religiosas externas representaría el fenómeno religioso, sin tener que concluir por ello que son diferentes religiones. Las culturas humanas son muy numerosas y no por ello hablamos de diferentes humanidades (CMB, 2005, p. 24).

Si la religión es una, ha de ser, por un lado, progresiva, con diferentes etapas y, por el otro, relativa. Progresiva en cuanto que el conocimiento religioso parece haberse ido produciendo por etapas de 500 o mil años, gracias a una figura profética. Krishna, Abraham, Moisés, Zoroastro, Buda, Jesucristo, Muhammad o Bahá'u'lláh podrían considerarse algunas de esas figuras que han impartido conocimiento espiritual y han contribuido al despliegue del acervo religioso de la humanidad. Relativa, en cuanto al periodo de vigencia del mensaje religioso. Se podría decir que la verdad religiosa de una revelación profética es aplicable sólo durante un período. Así, la tradición semítica, por ejemplo, mostraría cómo el mensaje de Moisés tendría validez principalmente hasta la llegada de Jesús, y el de éste hasta la aparición de Muhammad. Visto desde este prisma, existe compatibilidad y complementariedad entre esas revelaciones religiosas.

Esta afirmación es desafiante, pero si se plantea que el mensaje religioso pudiera tener dos dimensiones, una esencial y otra contingente, la situación cambia. En el mensaje de Moisés, de Jesús, de Muhammad y de Bahá'u'lláh, por tomar un ejemplo, observamos, de un lado, elementos muy parecidos, que se corresponden con la dimensión esencial, tales como la existencia de un Dios, la importancia de la oración o la necesidad de tener un comportamiento moral; y de otro, disposiciones sociales muy diversas e

incluso incompatibles, tales como el divorcio, la forma de tratar a los injustos o el tipo de organización social y de instituciones para la comunidad, que simplemente representan la respuesta a las contingencias de un período histórico y que, por lo tanto, no son universales ni eternas, sino relativas al tiempo.

Otros dos elementos fundamentales que contiene la religión son el método de generación de conocimiento y su cristalización y objetivización en la forma de un texto. El método por el cual se genera conocimiento en la religión es la revelación divina, así como el conocimiento práctico acumulado por generaciones sucesivas en sus esfuerzos por trasladar lo que está escrito a una nueva realidad individual y social. El Profeta, Mensajero o Manifestación de Dios, por tanto, tienen una importancia capital y representan seguramente el fenómeno recurrente más extraordinario de la historia de la humanidad. La revelación del Profeta se registra en el texto, el verdadero repositorio del conocimiento divino, y los esfuerzos por trasladar ese texto a la realidad van conformando una tradición.

Conclusión

Para responder efectivamente a los desafíos globales que la humanidad enfrenta actualmente, entre los que se destaca el poder erigir un orden global que beneficie a la mayoría, se requieren enfoques innovadores y creativos. En el pasado, tanto la ciencia como la religión han contribuido al avance de la civilización, por lo que sería de esperar que se convirtieran en dos de los motores principales para abordar las complejidades de la sociedad contemporánea. Sin embargo, desde hace varios siglos ha ido gestándose un conflicto entre ambas –especialmente en Occidente– que produce la ilusión de que son incompatibles. En este artículo se ha intentado poner de relieve que tal incompatibilidad no es esencial, sino el fruto de, por un lado, unas concepciones ideológicas acerca de la naturaleza de la relación entre la ciencia y la religión que dificultan el diálogo y, por el otro, de un entendimiento reduccionista y anticuado tanto de la ciencia como de la religión. Para ello, se ha ofrecido una noción alternativa del tipo de relación que se podría dar entre ambos sistemas de conocimiento y práctica, y se ha efectuado una revisión de la naturaleza de la ciencia y de la religión a la luz de la filosofía de la ciencia y de la filosofía de la religión, que permiten concluir que hay espacio para el diálogo.

BIBLIOGRAFÍA

‘ABDU’L-BAHÁ (1994), *Contestación a unas preguntas*, Editorial bahá’í de España, Terrassa.

‘ABDU’L-BAHÁ (2009), *Selección de los escritos de ‘Abdu’l-Bahá*, Panel internacional de traducción al español, www.bahaipanel.org

ARBAB, F. (1991), *La senda del aprendizaje en Latinoamérica: opción moral*, Editorial Nur, Cali.

BERNSTEIN, R. J. (2011), *Beyond objectivism and relativism: Science, hermeneutics, and praxis*, University of Pennsylvania Press.

BOHM, D. (2008), *La totalidad y el orden implicado*, Editorial Kairós.

CENTRO MUNDIAL BAHÁ’Í (2005), *Una Misma Fe*, Editorial bahá’í de España, Terrassa.

CHALMERS, A. (1998), *¿Qué esa cosa llamada ciencia?*, Siglo XXI, Madrid, Tercera Edición.

DENEULIN. S., & RAKODI. C. (2011), “Revisiting religion: Development studies thirty years on” en *World Development*, *39*(1), pp. 45-54.

ESTRUCH, J. (2015), *Entendre les religions: una perspectiva sociològica*, Editorial Mediterrània, Barcelona.

FLYVBJERG, B. (2001), *Making social science matter: Why social inquiry fails and how it can succeed again*, Cambridge University Press.

GARCÍA MAGARIÑO, S. (2013), “La ciencia y la religión, dos sistemas de conocimiento complementarios: una reflexión acerca del discurso sobre ciencia, religión y desarrollo”, en CAEROLS, J., *Religio in Laberyntho*, pp. 383-396.

GARCÍA MAGARIÑO, S. (2016), *Desafíos del sistema de seguridad colectiva de la ONU: un análisis sociológico de su efectividad ante las amenazas globales*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid.

HABERMAS, J. (2008), “El resurgimiento de la religión, ¿un reto para la autocomprensión de la modernidad?”, en *Diánoia*, *53*(60), pp. 3-20.

KUHN, T. S. (2011), *La estructura de las revoluciones científicas*, Fondo de cultura económica.

LAMA, D. (2006), *El universo en un solo átomo*, Editorial Grijalbo, Buenos Aires.

LAMPLE, P. (2013), *Revelación y realidad social*, Editorial bahá'í de España, Terrassa.

POPPER, K. (2005), *The logic of scientific discovery*, Routledge, 2005.

SÁNCHEZ-BAYÓN, A. (2015), *Universidad, ciencia y religión en los Estados Unidos de América: ¿separación, colaboración o confusión?*, Sindiéresis, Madrid.

TOULMIN, S. E. (1992), *Cosmopolis: The hidden agenda of modernity*, University of Chicago Press.